

aparente de los puseistas, si bien útil á muchas almas rectas, que lo trasformaron en escala para subir al verdadero catolicismo del Hombre-Dios, no merecía en su sentir frases de defensa.—En él falta lo mejor, pensaba; no hay sacerdocio, y por consiguiente no hay Eucaristía, y hay por lo tanto idolatría material en la adoración de la Hostia por ellos consagrada. No existe comunión de obediencia con el Jefe de la Iglesia: luego no hay caridad ni espíritu de Jesucristo.... Cisma, pues, unido á las herejías que subsisten: ¡pobres puseistas!

XXIV.

PRIMERAS AURAS DE FLORENCIA.

Todo se hizo según lo había resuelto mistress Needle; sólo que al llegar á Bolo-
nia, no tuvo ánimo para meterse en el co-
razón de los Apeninos, sin hacer una para-
da. Puso, pues, un parte telegráfico á su
dependiente, ya llegado á Florencia. Al
otro día fué á esperarla en la estación de
Santa María Nueva.—Señora, le dijo él por
saludo primero; estais alojada en la fonda
de Nueva York: he tomado quince cuartos
provistos de lo indispensable para el in-
vierno.

—¿Buena vista? preguntó la señora.

—Una de las más agradables; pero si

quisiérais otra mejor, hay una multitud de casas y de villas hermosas. He tomado informes en las agencias de los alquileramientos, y me dicen que siempre las hay desocupadas en los alrededores de la ciudad, casi á tiro de fusil; á dos ó tres millas de distancia, poco más ó menos: las hay en la llanura, en medio de la costa y sobre las colinas.

—Veremos, dijo la señora: y dirigiéndose á Julia:—¿Tú qué piensas?

—Estará muy bien hecho lo que más os guste, respondió la joven. ¿No habeis venido por causas de salud y por placer? Digo sólo que me parece oportuno descansar algunos días, aconsejándonos después con el tiempo y la estación.—

Entróse así en Florencia. Mistress Needle iba recobrando su ordinaria quietud, al alejarse de Génova. Esperaba que así como había en Génova borrado los recuerdos *papistas* de Turín, repararía en Florencia los desengaños de Génova. Tenía formada la resolución de invernar alegremente, sin cuidarse más de devociones extraordinarias: su iglesia doméstica, como llamaba en lenguaje bíblico á su familia, sería bastante para ocuparla, coronando, por decirlo así, sus deberes religiosos el servicio divino en

cualquier templo protestante. El mejor bien espiritual (colocaba éste de continuo sobre todos sus pensamientos) se lograría en su sentir por medio de parangones, mezclándose algo con los católicos y con sus prácticas rituales, inspirando luego á sus hijos el mayor odio que pudiese hacia ellas. Obteníanse con esto (ella lo creía) dos importantísimas ventajas: afirmarlos en el puro *anglicanismo*, confrontándolo con las supersticiones *papistas*, é infundir en ellos un odio racional y grande contra el puseismo, que serpenteaba demasiado en Inglaterra; porque al fin, ¿qué cosa era el puseismo sino un guisado de productos de Roma, calentado y rehecho al estilo protestante? Julia, no sospechando su fin oculto, se prestaría voluntariamente á introducirla en los lugares *papistas*, correspondiendo así á los propósitos maternales. Era justo, razonaba la fervida pietista, que su amiga se enmendase, á lo menos sin saberlo, del escándalo que diera en Turín con aquel prodigio de importuna memoria.

Naturalmente mistress Needle no la dijo una palabra de sus tortuosos intentos, que juzgaba santos y benditos. Por el contrario, durante la travesía de Génova á Florencia, le fué manifestando su ardiente

deseo de hacer en esta población la vida más agradable del mundo, y de que se reanudasen los estudios de las muchachas, que se habían interrumpido necesariamente por las distracciones del viaje y sus frecuentes paradas.—Nos fijaremos, decía, en la fonda, si á ella vamos, ó en una casita fuera de la ciudad; lo importante es que vuelvan á recibir las lecciones seguidamente. ¿Qué dices de la idea?

—Es lo que deseo, respondió Julia: deploro no poner manos á la obra incontinenti.

—Dispondremos un horario, como un edicto, sujetándonos á él todos estrictamente....

—¿Qué horario? El más hermoso es el prescrito por las circunstancias: las horas más dulces se dejan para el paseo, el desayuno después, y toda la mañana dedicarse al estudio.

—Mas, sábelo, ansío el recogimiento: demasiadas horas se han perdido con las diversiones, convirtiéndonos en un grupo de molinos de viento y de vagabundos.

—Está bien: mas alguna hora del día se debe conceder á vuestros hijos para que gocen un poco de sol, cuando el Señor se lo mande; además, no querreis, creo yo, iros

de Florencia sin haber visitado sus monumentos.

—Por de contado; esto se cae de su peso, con tal que las niñas no se acostumbren demasiado á ser andariegas. Por lo demás, pongo la cosa en tu mano: hazlas estudiar, y hazlas divertir; aprobaré cuanto hagás.

—No lo dudeis; procuraré que el reposo aumente los deseos del trabajo, y que obtenga el trabajo el premio del reposo.—

Con tales propósitos, mistress Needle había ido acercando á la ciudad de las flores. Aquel tinte de humor negro que la dominó en las dos paradas precedentes, desvaneciase á simple vista. Quiso la casualidad que al vislumbrarse las cumbres apeninas, Toscana la hiciese un recibimiento alegrísimo, y mostrase una límpida atmósfera llena de luz, bajo un cielo primaveral. John la comparaba con la formidable salida de las cavernas del Fréjus. Allá se salía de las grutas subterráneas, para entrar en montes asperísimos, entre rocas escarpadas, pareciendo que se iba, ora bajo escollos amenazadores, ora sobre abismos y hondonadas peligrosas; aquí se volaba rodeando una hilera de montes, como para gozar de las más variadas vistas de las llanuras de debajo. Allá encontrábanse po-

cos sitios menos salvajes que los demás, y los árboles surgían como cabelleras encañecidas por las nieblas y tapadas por la niebla; aquí una atmósfera dulce daba en el rostro, y prometía el invierno templado del país. Todo estaba verde aún; y Julia mostraba con el dedo alegremente á John los olivos que suben muy altos sobre aquellos lomos felices, hasta donde el castaño y la encina les disputan el sitio.—Mirad, señor John, decía: crece á vuestro alrededor el árbol de Minerva; dirigid el lente, y descubriréis entre hoja y hoja las olivas negras, que dan un aceite muy bueno. Donde quiera encontréis un olivo, decid: aquí el invierno no es cruel. Acaso no será como en Nápoles; pero se vive á gusto.

En toda la travesía de Pistoya á Florencia, mistress Needle no concluyó de apartar los ojos de aquellas casitas de los campesinos, que reanimaban toda la campiña.—Es un género completamente particular, decía; las marinas parecen desiertos, ó más bien, malezas perennes; en Lombardía y en el Piamonte, las grandes casas rústicas dicen que el país es rico y ubérrimo; alrededor de Nápoles las habitaciones de los aldeanos tienen no poco de rústico y de descuidado: aquí todo es jardín; los terre-

nos están repartidos y desmenuzados; las casas rurales parecen casitas de señores.

—Y sin embargo, no son de señores, pero sí de gente que no sufre la miseria.

—¡Si pudiéramos, exclamó bruscamente John, hacer habitaciones como éstas de las cabañas de nuestros arrendadores!

—Entonces, respondió Julia, no tendríais muchos terratenientes millonarios en vuestro Northumberland y en lo demás de la Gran Bretaña.

¿Por qué?

—Porque la riqueza de pocos se forma con la pobreza de muchos. Si se dejase que se arregláran así los cultivadores de la tierra, gozando la mitad de los frutos, al señor sólo le quedarían la otra mitad.

—¿Cómo lo hacen los propietarios de Italia? preguntó John.

—Lo hacen de muchas maneras, pero, por regla general, el campesino tiene con holgura lo necesario.

—¿Y los dueños se contentan con recibir alegremente sus entradas reducidas?

—Lo veis con vuestros ojos: es costumbre nuestra, ó si quereis es la costumbre de la cristiana civilización antigua, que no ha concluído entre nosotros. De aquí nace que

la Italia tiene diez veces ménos ricos que la Inglaterra, y diez veces menos pobres.

—¿Cómo así?

—No es una paradoja, dijo Julia: es una verdad clara como la luz del sol. Aquí la tierra está dividida en porciones innumerables; siendo muchísimas las personas á las que toca lo bastante para vivir cómodamente, sin nadar por ello en la opulencia, contentándose con dejar vivir honradamente á los que cultivan la tierra, como hermanos menores, resulta un pueblo no rico, ni pobre, pero desahogado y dichoso. ¡Ojalá no nos empobreciese ahora el desgobierno del país! De todas maneras, aun después de las innumerables ruinas de las naciones, no hallareis aquí aquellos ricazos y ricachos insaciables, que engullen toda la riqueza de un pueblo, ni tampoco aquellas masas de pobres, andrajosos llenos de miseria, muertos de hambre, que por fuerza caen bajo la vara despótica de los pocos propietarios. ¿Os parece claro?

—Es cierto, dijo mistress Needle, con su lealtad acostumbrada. He visto alguna que otra vez las aldeas italianas en los días festivos; no se puede negar que aquellas gentes, comparadas con las nuestras, son un pueblo de señores.—

La interrumpió un grito de John, que señalaba con el dedo una casita eminente sobre los poyos de la izquierda, rodeada de algunos pajares:— ¡Venid á ver! ¡Con qué gusto viviría yo en aquella casa! ¡Sí así viven los campesinos, los señores deben habitar en palacios de cristal!

Sonrió Julia, y repuso:—¿Os contentaríais luego cada día con un poco de torta ó de palenta, en vez de las chuletas del almuerzo? Estos, señor John, no viven con desahogo; pan escaso; vino poco ó nada; un pedazo de oveja ó de vaca dura, en domingo, y es una cosa muy encarecida. La limpieza que os encanta no cuesta mucho: está en el instinto del país. Los toscanos no se pueden ver sucios; lo emblanquecen, limpian y pulen todo. ¿Han de hacer un pajar? Plantan un palo en tierra, amontonan luego las gavillas de la paja con maestría en todo alrededor, y encima entretejen el techo que guarda la lluvia, del modo que veis, y que conserva la paja enjugadísima. Si esta es mucha por suerte, los pajares son varios, y se colocan en torno de la casa con simetría y arte. Una hacienda en la cual vive un quintero, no solamente ha de estar cultivada, sino también limpia, bien dispuesta y acariciada

como un jardín lleno de flores. Tal es á lo menos la idea que formé de la Toscana cuando por ella dí un paseo hace algunos años.

—¡Oh! ¿Qué es aquella cosa amarilla? añadió Jobn, interrumpiéndola, no sabiendo designar de otro modo lo que veía.

—Son panojas del maíz, que vosotros llamais *Indian Corn*: uno de los alimentos también más comunes del pueblo, y aun en nuestros días de las familias desahogadas.

—¿Por qué se tiene suspendido y de muestra? preguntó una de las niñas.

—¡Oh hermosa! dijo Julia; para enjugarlo y madurarlo mucho mejor á los rayos del sol. Es una costumbre de este país: se forman trenzas, y los campesinos se glorían de revestir con ellas todas las paredes de las casas en que da el sol, de la propia manera con que los de los alrededores de Nápoles gustan de engalanarlas con macarrones.

—¿Comeremos, dijeron las niñas á su madre, comeremos también nosotros *Indian Corn*, ¿no es verdad?

—Todo lo que querais, respondió la buena madre amorosa y alegre, con tal que con provecho estudies.—

En la fonda todo gustó extraordinaria-

mente á mistress Needle. Julia, cual si el viaje le hubiera servido de reposo, se apresuró á vaciar los baúles y los sacos, á desenvolver los envoltorios, á distribuir las cosas y á ponerlo todo en orden. Aquí dirigía y allá ordenaba, sin tener inconveniente alguno en ayudar á las dos camareras. No pensaba en sí hasta después de arreglar á los otros. A poco tenía dispuesta la habitación de las muchachas, que se vieron provistas de todas las comodidades, como si hubieran permanecido sin cesar en aquel albergue. No sólo miraba con interés lo referente á sus verdaderas necesidades, como la salud, el estudio, el traje, sino también sus juegos y bagatelas, queriendo contentarlas y satisfacer sus caprichos inocentes. Ciertamente su madre las hubiera proporcionado todo lo preciso, á estar sola para disponer sus cosas; pero notando que Julia espontáneamente adelantábase á ella, previniendo y adivinando, no sólo sus indicaciones, sino sus pensamientos íntimos, y empleando con sus discípulas la mayor solicitud, descansaba en ella completamente. Gozaba viéndola manos á la obra, siempre alegre, como si fuera de diversión en diversión; casi sin advertirlo,

dejábase también ella dirigir por la joven, pareciéndole óptimo cuanto hubiese merecido su aprobación.

Julia, después de arreglar las cosas caseras, halló un hermoso par de horas para tomar posesión, como ella decía, de Florencia. Subieron todos á un coche, y adelante: con grandísimo gusto de mistress Needle, dieron un paseo general por la ciudad, yendo á ver las quintas, las calles de árboles, las carreras arboladas y las vías principales. Volviendo después á la fonda, decía la joven á sus discípulas:—Mañana, escuela; escuela fija y formal. Para entretenernos, bastarán los paseos de todos los días, y las vacaciones extraordinarias que ganareis, si sois buenas. Así lo quiere la mamá, y tiene razón.—John, desde el primer día, entre dos bostezos, formó su plan de buena vida. Había traído las obras más agradables para él, y encontraría fácilmente otras en las librerías públicas ó en las circulantes; alguna cuestión literaria, ó de otro género, con Julia, animaría las noches; alguna escapatoria aquí ó allá por Florencia, según el humor; no deseaba más.

Viendo mistress Needle que todas estas cosas se realizaban pacíficamente, no con-

cluía en sus adentros de bendecir á Dios por la feliz inspiración que había tenido de llamar á su casa á la buena Julia. Parecíale diariamente más notorio que había venido á ser ella el ángel tutelar de su familia, y casi una segunda madre de sus hijas, respecto de las que la libraba de todos los cuidados maternos, dejándola sólo el dulce contento de ver á la niñas creciendo en bondad y adelantando en todas las materias convenientes á su condición. Prometíase los más reposados y serenos días de su vida. Quizás los hubiese gozado, si su celo, que no podía refrenar, en las cuestiones papistas, no hubiese más de una vez perturbado sus bellos designios.